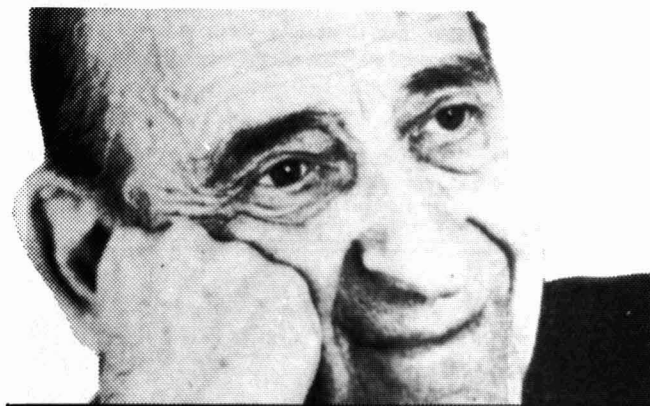

DANUBIO TORRES FIERRO

POR ARON

Hay veces en que la muerte es un escándalo. La de Raymond Aron, ocurrida en París en octubre pasado, cae bajo ese signo. ¿Por qué? Porque era una voz que semana a semana desde *L'Express*, y mes a mes desde *Commentaire*, llegaba para aclarar ideas, precisar el análisis, ayudar a reflexionar, introducir una drástica cuota de sensatez —todo ello con una estricta limpidez de pensamiento y una pasmosa economía expositiva. Son atributos raros, y muy de agradecer, en un mundo difícil como el actual, y perderlos justo ahora es lo que convierte en escandalosa la desaparición de Aron. Justo ahora, cuando hay en Francia una experiencia socialista desalentadora, cuando la Unión Soviética aprieta el pedal agresivo hacia Occidente, cuando los Estados Unidos (esa “república imperial”) están dirigidos por una clase política imprevisible y sin ideas, cuando Europa pierde de a poco su impulso creador, cuando la crisis en el Oriente amenaza hacerse endémica. En el examen de esas cuestiones Aron no sólo era certero y lúcido sino que, además y sobre todo, impregnaba sus comentarios de una saludable dosis de sentido común, y de algo quizá más precioso: la fe inamovible en unos principios morales ajenos al oportunismo, la corrupción o el sentimentalismo. No creía en las autopías redentoras ni en las laboriosas construcciones de las ideologías: se remitía a la realidad que tenía aúte sus ojos, observaba las caprichosas evoluciones de la historia, respetaba las creencias profundas de los pueblos, y de ahí, y sólo de ahí, entresacaba las lecciones para sus propuestas y sus estrategias. Esa actitud surgía y era el resultado directo de una postura clave: Aron pensaba en términos políticos y no ideológicos. La diferencia entre una y otra forma de aproximarse al hecho político es notable. En el primer caso se trata de acercarse a la realidad con modestia, de desentrañar los intereses que están en juego en determinada coyuntura, de postular alternativas de compromiso y negociación, de salvaguardar y promover las propias convicciones mediante una táctica política civilizada y diseñada con flexibilidad y rigor a la vez. En el segundo caso, la ideología contamina todos y cada uno de los pasos que se dan: se inventa una realidad, los deseos remplazan a los hechos, se decreta una verdad universal en la que se confunde lo que se quiere con lo que se percibe. Así, Aron, que sabía muy bien lo que son el capitalismo y el comunismo, optó por un proyecto político y social caro a su admirado Tocqueville: la democracia. Una democracia que se define por la igualdad de condiciones y que tiene como soporte un noble talante liberal donde la ideología se vuelve, hasta cierto punto, una antiideología. Mejor: allí la ideología habla a través de los silencios de su propia y concreta demostración.

Es ya leyenda que Aron, que tanto nadó a contracorriente, acertó casi siempre en sus juicios y en sus pronósticos, desmintiendo así, y de manera decisiva, los triunfos tempo-



rales o transitorios de sus enemigos: la izquierda devota al modelo soviético y la derecha recalcitrante. Hay muchas explicaciones para este éxito: arriesgarse a navegar solo, entereza para pensar por su cuenta, amor por el análisis, confianza en la razón y rechazo de la pasión. Lo último es fundamental porque le permitió imponerse, por ejemplo, a por lo menos dos generaciones francesas de izquierda que lo vieron como su *bête-noir*. Contra ellas opuso el antidogmatismo, la duda metódica, la búsqueda de la verdad y del bien, la relatividad que norma los asuntos humanos, “el respeto por los hechos y por los demás, esas dos virtudes intelectuales” —para decirlo con sus propias palabras. Y más: opuso también —y esto es evidente en su larga exégesis del marxismo-leninismo— la tradición cultural y política europea al totalitarismo y la barbarie, la experiencia y la sabiduría al espontaneísmo y la superchería, el reino de la reflexión crítica al imperialismo ideológico. Hay que señalar, aquí y ahora, lo obvio: aun cuando parte de la izquierda europea (y, mucho más tímidamente, de la latinoamericana, a la que tanto le falta por aprender todavía en estas cuestiones) cambió mucho en las dos últimas décadas, y lo hizo en beneficio de las tesis de Aron, nunca acabó de aceptar del todo su magisterio y su ejemplaridad en el pensamiento político y social de nuestros días. La explicación —es de conjeturar— milita, otra vez a favor de Aron. Porque él, y al contrario de lo que le ha sucedido a la mayor parte de los intelectuales en estos tiempos duros, nunca desesperó ni perdió sus convicciones, sus esperanzas, sus ilusiones. Ahí se revela, mejor que en cualquier otro dato, su grandeza de espíritu, su vocación de guía, su estirpe de auténtico europeo liberal. Hasta el último momento de su vida escribió —y escribir fue, para él, opinar, discutir, proponer. Era, entonces y admirablemente, un inconformista y un rebelde, y lo que izquierda y derecha no le perdonaron fue haberse convertido en alguien imposible de clasificar. Es decir: en un ser excepcional.